

Complejidad y democracia

Daniel Innerarity

Ikerbasque, Universidad del País Vasco

LA COMPLEJIDAD REPRESENTA PARA LOS SERES HUMANOS UN DOBLE problema: de comprensión y de gestión. El primero de ellos tiene que ver con el hecho de que, como afirmaba el zoólogo austriaco Rupert Riedl, los seres humanos hemos salido de la era industrial con un cerebro de la prehistoria, es decir, genéticamente programado para pensar linealmente, en cadenas causales aisladas y con una tendencia a buscar culpables demasiado identificables para problemas que son complejos. Y en cambio, vivimos en un mundo en el que aumenta la complejidad y la densidad de las interacciones; las heterarquías son cada vez más relevantes sin haber sustituido completamente a las jerarquías; los gobiernos se ven obligados a pensar en términos de gobernanza; las estructuras sociales adquieren cada vez más la forma de las redes horizontales; el exceso de información no puede ser completamente procesado por nuestros instrumentos de análisis; la identidad personal es más discontinua y compuesta. Como vengo insistiendo desde hace tiempo, todos estos fenómenos son manifestaciones de una creciente complejidad y nuestra actual incertidumbre corresponde a la incapacidad de generar conceptos e instituciones capaces de hacerse cargo de tal complejidad.

¿Es posible conducir la propia vida o gobernar las sociedades en entornos complejos con alguna racionalidad? Las rutinas de la vida diaria y de la política convencional se apoyan en la identificación de relaciones de causa y efecto, en la configuración estable de protocolos y rutinas. Sin embargo, cada vez somos más conscientes de que hemos de prepararnos de algún modo para las sorpresas que proceden de las intrincadas dinámicas que también forman parte de nuestras condiciones vitales. Lo primero que tendríamos que advertir es que vivimos en un mundo en el que hay más misterios que puzles (Kay / King). Cuando dejamos de pensar y gobernar por los carriles de la normalidad y lo convencional, descubrimos que el mundo está lleno de crisis, cisnes negros, dinámicas no lineales y fenómenos emergentes, todo ello resultante de interacciones que habitualmente no acertamos a identificar. Un enfoque axiomático a la hora de definir la racionalidad no sirve cuando se trata de tomar decisiones ante un futuro tan incierto. Muchos de nuestros errores no se deben a que seamos irracionales sino a que no sabemos lo que va a pasar, lo que se puede saber o la verosimilitud de los posibles eventos que resultan de la concatenación opaca de muchos elementos. Complejidad significa que el comportamiento de un sistema no

«Toda intervención en un sistema con su propia dinámica —sea una estructura psicológica, una organización o la sociedad misma— es problemática porque cuanto más complejo es un sistema menos transparente es para quien lo observa o interviene desde fuera e incluso para sí mismo.»

está determinado por sus elementos sino por su interacción. Podemos conocer con bastante exactitud la naturaleza actual de esos elementos, pero mucho más difícil es saber cuál será el resultado futuro de la interacción entre ellos. Llamamos emergencia a lo que surja de esas interacciones porque no puede anticiparse mediante el simple análisis de los elementos que forman parte del sistema. Si la sociedad contemporánea nos golpea con tantas situaciones no previstas o desmiente tan frecuentemente nuestras previsiones, es porque hay una dimensión de intransparencia inevitable en los sistemas sociales. Ignoramos muchas cosas —y algunas de ellas muy relevantes— porque se encuentran en el proceso de emergencia antes de su irrupción. Si a todo esto añadimos una permanente distracción colectiva en lo inmediato y una escasa atención a lo latente, podemos estar seguros de que la evolución de las cosas seguirá sobresaltándonos.

La enseñanza fundamental del pensamiento complejo y no lineal es que no estamos en unas sociedades en las que a cada acción le sigue un resultado seguro y predecible, por lo que cualquier proyecto de intervención sobre ellas tendrá que aprender a desenvolverse con estrategias más reflexivas y sutiles, gestionando la incertidumbre creciente en cuanto a la eficacia de sus intervenciones. Incluso las regulaciones y tratamientos de los riesgos originan también su propio riesgo. Toda intervención en un sistema con su propia dinámica —sea una estructura psicológica, una organización o la sociedad misma— es problemática porque cuanto más complejo es un sistema menos transparente es para quien lo observa o interviene desde fuera e incluso para sí mismo. Una de las experiencias fundamentales de la acción humana es que intervenir en un proceso implica también irritar a otros ámbitos de la realidad que a su vez funcionan con otras leyes, lógicas y condiciones: se facilita el crédito y se crea una burbuja; si la política no resuelve los problemas acabarán interviniendo los jueces y si se politiza la justicia pierde la legitimidad que procede de su imparcialidad; controlar demasiado los subsistemas sociales en los que se espera una gran innovación (como la ciencia o el arte) tiene como resultado una inhibición de la creatividad... Esto explica el fracaso de muchas políticas, como las iniciativas legislativas que o bien no resuelven el problema que se pretendía o lo hacen al tiempo que generan otro distinto, o la incorregible tendencia de la política a convertirse en una gesticulación sin consecuencias, a posponer los problemas urgentes y girar en torno al presente inmediato.

6

Una situación es compleja cuando puede adoptar otras configuraciones. Esto vale para casi todo lo que no sea una máquina trivial o una simple suma algebraica, pero se potencia allí donde coinciden diversas lógicas, al mismo tiempo y en el mismo espacio, de manera que surgen dificultades de coordinación y encaje. Se trata de configuraciones que no se pueden gestionar por medio de un ordenamiento jerárquico que excluye y reprime otras posibilidades. Todo queda contextualizado en una sociedad que es la acumulación de las diversas perspectivas; desde el punto de vista económico, el mundo es un problema de escasez, desde el punto de vista político, algo que debe ser configurado colectivamente... Lo que es plausible para un comprador, es distinto que si lo observa un elector o un artista... El principal problema de la complejidad

es la diversa significación de la realidad, no sólo como un problema de gustos diversos sino de las diferentes lógicas que se han establecido. No hay ninguna instancia, observatorio, perspectiva, distinción, autoridad que pudiera hablar por todos los contextos. Hay poder y lucha por la hegemonía, por supuesto, pero lo que esos combates ponen de manifiesto es la policontextualidad del mundo.

«¿Es posible conducir la propia vida o gobernar las sociedades en entornos complejos con alguna racionalidad?»

Por lo que se refiere a las condiciones de gobierno, en la medida en que aumenta la contingencia, gobernar se convierte en una acción inverosímil y el horizonte político se puebla de inseguridad e

ignorancia. Contingencia significa que no hay razones abrumadoras que indiquen con seguridad lo que debe hacerse en una situación determinada, ni que la opción decidida conduzca precisamente al resultado esperado, pero también quiere decir que no hacer nada no es una opción exenta de riesgos. Hemos de acostumbrarnos a vivir en un mundo más cercano al caos que al orden. Los sistemas complejos se caracterizan precisamente porque no pueden controlar al mismo tiempo y de la misma manera todas las variables que intervienen en él. Cuanto más complejo es un sistema, a más contingencias está referido, más interacciones inesperadas pueden hacer aparición frente a las que no está en condiciones de asegurarse plenamente. Toda institución suplementaria en orden a la seguridad produce una nueva complicación del sistema que conduce a su vez a nuevas inseguridades. Los sistemas de elevada complejidad han puesto radicalmente en crisis el ideal de que los fenómenos pueden ser plenamente divisados, comprendidos y manejados. Esta es la razón profunda de la compatibilidad entre complejidad y democracia. En este tipo de sociedad la política se ve obligada a transitar desde la jerarquía a la heterarquía, de la autoridad directa a la conexión comunicativa, de la posición central a la composición policéntrica. La teoría de la democracia se enfrenta al desafío de descodificar las propiedades de una sociedad compleja del conocimiento que se presenta como una sociedad sin las seguridades de los límites fijos y sin el consuelo de los lugares comunes.

7

¿Se limita la democracia a las épocas de prosperidad, abarcabilidad y eficiencia, y debemos considerarla incompatible con la complejidad y las crisis? Mi hipótesis, muy al contrario, es que la democracia es el sistema de gobierno más adecuado para gobernar la complejidad del mundo actual y que, inversamente, la complejidad representa una gran oportunidad de profundización en la democracia. Este horizonte hipotético que planteo podría articularse en torno a tres posibles supuestos:

- 1) El mundo que ahora comprendemos con categorías científicas complejas no sólo implica una mejor descripción de la realidad sino que permite un mayor espacio para la libertad política. Frente a lo que parece, *la complejidad puede ser así un factor de democratización*. Nos faltan mecanismos y procedimientos para aprovechar

la inteligencia distribuida de una sociedad que es cada vez más diferenciada y especializada en diversas esferas de competencia y saber experto. Es este un verdadero desafío democrático, si lo comparamos con las formas de decisión del antiguo régimen o con ciertas simplificaciones de la democracia en la época del estado nacional. Cuando son el rey, los nobles, los expertos o el electorado los que deciden, es muy fácil cometer errores porque es muy limitada la capacidad de los actores para elaborar la información. La transformación de la democracia está vinculada hoy a la capacidad de introducir en el proceso de formación de la voluntad política toda la riqueza de las ideas, las experiencias, las perspectivas y las innovaciones de una sociedad descentralizada y que no tolera la lógica de los procedimientos jerárquicos de decisión.

2) Las democracias tramitan más complejidad que cualquier otra forma de organización de la sociedad precisamente en la medida en que articulan mejor el pluralismo social y posibilitan el aprendizaje colectivo. Frente a lo que parece, *la democracia puede entenderse como el régimen de la complejidad*. La democracia es la forma de gobierno que cultiva el disenso, protege la diversidad y la heterogeneidad, que está más interesada en tramitar la complejidad social que en su represión. La democracia se justifica, además de por un conjunto de valores, también funcionalmente porque ninguna otra forma de gobierno está en condiciones de manejarse con la creciente complejidad de las sociedades globales del conocimiento.

3) Democracia y complejidad no son exigencias contrapuestas, sino dos aspectos de una misma dificultad: la de gobernar teniendo en cuenta la variedad de requerimientos que se plantean en un sistema plural. Y es que tan esencial a una democracia es la obtención de determinados resultados como la implicación de la gente en la toma de decisiones. La principal complejidad del gobierno procede de la obligación de atender y equilibrar exigencias democráticas de diverso carácter, cuya compatibilidad no es ni evidente ni indiscutible. El futuro de la democracia depende de su capacidad de articular esa creciente complejidad y desarrollar formas de gestionar unos sistemas sociales menos vinculados a la simplificación del estado nacional, interdependientes, con propiedades emergentes y riesgos de difícil identificación y gestión. —

«La democracia es el sistema de gobierno más adecuado para gobernar la complejidad del mundo actual e, inversamente, la complejidad representa una gran oportunidad de profundización en la democracia.»